



LOS GRANDES  
SOFISTAS  
EN LA ATENAS  
DE PERICLES

JACQUELINE  
DE  
ROMILLY

GEDOS





LOS GRANDES  
SOFISTAS EN LA ATENAS  
DE PERICLES



JACQUELINE DE ROMILLY

LOS GRANDES  
SOFISTAS EN LA ATENAS  
DE PERICLES

TRADUCCIÓN  
PILAR GIRALT GORINA

**GEDOS**

Titulo original francés: *Les Grands Sophistes dans l'Athènes de Périclès*.

© Éditions de Fallois, 1988.

© Société d'édition Les Belles Lettres, 2022.

© de la traducción: Pilar Giralt Gorina, 2010.

© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2023.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

*La primera edición castellana de este libro  
se publicó en la editorial Seix Barral en 1977.*

*Primera edición en la editorial Gredos: octubre de 2010.*

*Primera edición en esta colección: marzo de 2023.*

RBA · GREDOS

REF.: GEBO642

ISBN: 978-84-249-9902-5

REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL • EL TALLER DEL LLIBRE, S. L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A PAUL LEMERLE



## CONTENIDO

*Prefacio*, 11

1. APARICIÓN Y ÉXITO DE LOS SOFISTAS, 19
2. UNA ENSEÑANZA NUEVA, 45
3. UNA EDUCACIÓN RETÓRICA, 67
4. LAS DOCTRINAS DE LOS SOFISTAS: LA TABLA RASA, 97
5. LOS PELIGROS DE LA TABLA RASA: EL INMORALISMO, 131
6. LA RECONSTRUCCIÓN A PARTIR DE LA TABLA RASA, 155
7. LA RECUPERACIÓN DE LAS VIRTUDES, 177
8. LA POLÍTICA, 197

*Conclusión: Balance y retoques*, 215

*Notas*, 223

*Indicaciones bibliográficas*, 233

*Tabla cronológica*, 235

*Índice*, 237

*Referencias complementarias*, 239



## PREFACIO

Al evocar la Atenas del siglo v a. C. acude en seguida a nuestra mente una multitud de grandes nombres y obras deslumbrantes. Sabemos qué fue «el siglo de Pericles», qué era Atenas en aquellas fechas después de su papel en las guerras médicas: la ciudad más poderosa de Grecia. Ella encarnaba la democracia, su marina le aseguraba el dominio del mar, estaba a la cabeza de un verdadero imperio y empleó sus recursos en construir los monumentos de la Acrópolis, alrededor de los cuales todavía nos agolpamos en la actualidad. Sabemos que a la sazón el escultor Fidias la dotó de célebres obras de arte. También sabemos que antes de la guerra del Peloponeso, que ocupó el último tercio del siglo, y durante toda esta guerra, Sófocles y Eurípides escribieron sus tragedias, y Aristófanes produjo sus comedias. Sabemos que el historiador Heródoto fue a vivir, al menos durante un tiempo, a esta Atenas de Pericles y que Tucídides comenzaría una historia audazmente lúcida, consagrada esta vez a la guerra del Peloponeso, que enfrentó a Atenas y a Esparta, y duró casi hasta finalizar el siglo. Sabemos igualmente que Sócrates frecuentaba las calles de la ciudad, discutiendo con jóvenes aristócratas y descubriéndoles ideas nuevas que hoy conocemos por dos de sus discípulos, Platón y Jenofonte. Sabemos, en fin, que toda esta actividad intelectual se prolongó hasta el final del siglo. Cuando se produjo la derrota ateniense, que puso fin a la guerra del Peloponeso en el año 404, hacía veinticinco años que Pericles había muerto y poco después morirían Sófocles y Eurípides, Sócrates sería condenado a muerte en el 399 y Tucídides desaparecería alrededor de esa misma fecha. Sabemos que hubo un corto espacio de tiempo, pero capital, para la historia de la civilización griega e incluso de la civilización occidental. En cambio, poca gente conoce a los sofistas. Los nombres de Pro-

tágoras, de Gorgias y, con mayor razón, los de Hipias, Pródico y Trasímaco, sólo son familiares para los especialistas.

Sin embargo, es fácil constatar que en el desarrollo tan asombroso de la época desempeñaron un papel no menos sorprendente. Todo parece, en efecto, haberse llevado a cabo bajo su influencia y con su participación. Todo el mundo reconocía su importancia, todos los escritores de la época fueron discípulos suyos, todos aprendieron algo de los sofistas, los imitaron o discutieron con ellos.

A Protágoras lo encontramos desde el principio estrechamente vinculado con Pericles, el principal personaje de Atenas. Plutarco, en la *Vida de Pericles*, nos habla de estos dos hombres discutiendo durante un día entero sobre una cuestión de responsabilidad jurídica en un accidente deportivo. ¿Discusión ociosa y técnica? ¿Discusión de «sofistas» en el sentido moderno del término? Tal vez. Pero también análisis de la noción de responsabilidad y reflexión sobre el derecho: toda la evolución del derecho ateniense y todos los debates de los oradores, historiadores y trágicos sobre la responsabilidad están latentes en la discusión. Nuestro sofista aparece, en estas circunstancias, como un hombre eminente y respetado. Del mismo modo, cuando Pericles organizó en 443 el envío de una colonia panhelénica a Turio, en el sur de Italia, fue Protágoras el encargado de redactar las leyes: una gran responsabilidad para este extranjero, que confirma la estima en que se le tenía.

En cuanto a los escritores, incluso sin detenernos en la influencia indirecta ejercida por este reducido número de hombres ni en la notoriedad de que gozaron, sin mencionar siquiera las múltiples alusiones de Aristófanes, que los trata como a personas conocidas por todos, está constatado que la mayor parte de los autores fueron alumnos suyos y que los meros datos fundamentales son pasmosos. Eurípides pasa por haber seguido las enseñanzas de Anaxágoras, pero también las de Protágoras y las de Pródico, o sea, las de dos de estos sofistas; y, efectivamente, su teatro está lleno de ideas, de problemas o de giros de estilo tomados con toda evidencia de sus hábitos. Tucídides pasa por haber sido discípulo de Gorgias, de Pródico y de Antifón, es decir, de tres de ellos; seguramente esta tradición no es más que una conclusión sacada de las similitudes evidentes entre sus obras y la enseñanza de los sofistas; obras que, no cabe la menor duda y

salta a la vista, tratan del mismo método de análisis, de la misma presentación dialéctica, del mismo espíritu positivista y de las mismas investigaciones del estilo. El propio Sócrates se nos presenta como si mantuviera relaciones constantes con los sofistas y a algunos de ellos los trata con consideración. Platón le hace decir, en el *Menón*, que fue alumno de uno de ellos, de Pródico; es cierto que precisa en el *Crátilo* —para mofarse, pero como algo verosímil— que no ha oído de Pródico la lección de cincuenta dracmas, sino la de «un dracma» (384 b). Más tarde, Platón se refiere incesantemente a estos hombres; de sus diálogos, donde los saca a menudo a escena, hay dos que llevan como título el nombre de los dos primeros sofistas: *Gorgias* y *Protágoras*. Por último, Isócrates, fundador a principios del siglo iv de una nueva escuela de retórica y de filosofía, define a ésta en relación con los sofistas, de quienes corrige ciertas tendencias pero a quienes sigue muy de cerca en espíritu: él mismo había sido alumno del sofista Gorgias, cuyos cursos había seguido en Tesalia. En la literatura de la época vemos por doquier que se nos presenta a los sofistas como gente cuya influencia era decisiva.

¿Cómo, en estas condiciones, no desear comprender lo que fueron? ¿Y cómo, cuando se es especialista del siglo v ateniense, no desear, al término de largos estudios sobre los textos de esta época, remontarse al fin a estos personajes tan poco conocidos, pero tan importantes? A decir verdad, no se comprende nada de lo que fueron, y nada del siglo de Pericles, ni siquiera del «milagro griego», si no se tiene una idea clara de la naturaleza y del alcance de su influencia.

Sólo que la empresa es tan ardua como necesaria. Porque se da el caso de que estos hombres tan influyentes, que acumularon tratado tras tratado sobre gran cantidad de temas, se nos escapan cruelmente. Sabemos, en general, quiénes eran. Si puede existir alguna vacilación de detalle sobre tal o cual personaje, conocemos sus nombres, sus fechas, su reputación. Se trata de maestros venidos de diversas ciudades, que enseñaron en Atenas... en la segunda mitad del siglo v a. C. y un poco antes. Posemos diversos testimonios sobre su actividad y sobre la clase de enseñanza que impartían. Pero las dificultades empiezan cuando intentamos verlo con más claridad.

Ante todo nos enfrentamos a la paradoja de que sus obras, sus tratados, tan diversos y tan célebres, estén prácticamente perdidos en la actualidad.

¿Serían acaso demasiado técnicos? Nos encontramos con el hecho de que de esta gran cantidad de escritos sólo perduran pequeños fragmentos, la mayoría de muy pocas líneas, los salvados únicamente por las citas.<sup>1</sup> Todos estos fragmentos de los sofistas no ocuparían en su conjunto más de veinte páginas. Y por añadidura, nos llegan sin ningún contexto. Admitiendo que las citas, hechas después de varios siglos, sean correctas y fieles (lo cual sería muy loable), quienes suelen hacerlas son autores que no buscan dar una idea de sus doctrinas, sino sólo a veces ofrecer un ejemplo de estilo o mostrar algunos rasgos generales por los que los siglos clásicos parecían confirmar sus propias ideas, escépticas o idealistas según los casos. Dicho de otro modo, el primer problema es el de la interpretación. Cada uno tiene que recurrir forzosamente a buena parte de imaginación, hasta el punto de que las controversias causan estragos... Es cierto que también tenemos algunos testimonios, muchos de los cuales datan del tiempo de Platón. Y en efecto, todos pensamos en Platón, que no cesó en toda su obra de presentarnos a los sofistas. Platón es nuestro mejor guía. Pero, ¡oh, paradoja!, este guía es, según todas las evidencias, parcial, ¡porque si presenta a los sofistas, es para hacer que sus tesis sean refutadas por Sócrates! Sentimos, pues, cierta inquietud al seguirle, teniendo la sensación de que estos sofistas corren el riesgo de ser víctimas de una iluminación engañosa.

Así pues, la cuestión de intentar reconstruir estos debates no es fácil. Y el esfuerzo realizado en dicho sentido ha obtenido a veces resultados que más desalientan que animan. Los sabios han estudiado cada fragmento, han traducido, comentado, rectificado y discutido. Lo han hecho con conocimiento y perspicacia, pero se han visto expuestos con frecuencia a un doble peligro.

En primer lugar, ante lo arduo de las cuestiones y los muchos puntos en litigio, los más meticulosos daban a sus debates un carácter erudito un poco abrumador: el estudio de los sofistas se acercaba casi al esoterismo, con los inconvenientes que esto conlleva.

Por otra parte, para discutir estas cuestiones era preciso ser filólogo y filósofo; pero las dos aptitudes no suelen dosificarse de manera uniforme. Cuando predomina la filosofía, lo lógico es que los problemas se planteen en función de un pensamiento más especializado y más moderno que el de los sofistas. De ahí, para la interpretación de un fragmento de Protágo-

ras, por ejemplo, una interpretación «hegeliana» o una interpretación «nietzscheniana». De ahí también la costumbre de leer a un autor antiguo «a la luz» de un filósofo de los tiempos modernos. De repente se constata —y es casi inevitable— que para el conjunto del movimiento intelectual encarnado en nuestros sofistas, cada escuela filosófica tiende a leer estos fragmentos tan insuficientes encontrando en ellos sus propios problemas o sus propias orientaciones. A veces se ha visto en ellos un racionalismo puro, o una experiencia existencial; en nuestros días veríamos más bien en los fragmentos de los sofistas los elementos de una filosofía del lenguaje (lo cual no sorprendería a nadie).<sup>2</sup>

Una investigación de este tipo —siempre que se lleve a cabo con prudencia— puede tener un valor estimulante para todos y abrir perspectivas sugeridoras. Pero está claro que da la espalda, deliberadamente, a la historia vivida, aquella cuyo marco es la Atenas del siglo v y cuya acción pone en escena, por una parte, a hombres ávidos de conocimientos y, por otra, a estos maestros animados de un espíritu nuevo. De esta historia partimos aquí; y a ella es a la que querríamos volver en este libro, abordando así a los sofistas desde un ángulo un tanto diferente.

El propósito de este libro concierne en efecto a la historia de las ideas, entendida en el sentido más amplio del término. No es un libro de filosofía ni de filósofos. No se puede estudiar la Grecia clásica sin bañarse en la filosofía, que entonces lo penetraba todo. Pero, a fin de cuentas, los sofistas del siglo v sólo enseñaban a los filósofos y sólo ejercieron influencia sobre los filósofos. Tucídides y Eurípides están totalmente imbuidos de su enseñanza, al igual que Isócrates años más tarde. Aristófanes habla de ellos y, cuando Platón nos los presenta, no es siempre en los diálogos más austeros. Los ha mezclado con la vida de la ciudad. Y, sin duda, debe de estar permitido, como a cualquier otro, tratar de medir su papel a quien ha conocido bien a estos discípulos y a estos testigos. Así que tenemos la suerte de captar su pensamiento en los mismos términos que reflejan las obras de los contemporáneos. Además, podemos definir este pensamiento en función de la aventura extraordinaria en el curso de la cual Atenas lo acogió, lo discutió y al fin acabó por asimilarlo. Hemos tratado a los sofistas en su relación con esta cultura de Atenas a la que marcaron tan profundamente.

Esto implica cierto número de silencios que son indiscutiblemente deliberados; y una esperanza precisa, que da su sentido a la empresa.

No podemos enumerar todos los silencios, pero sí podemos al menos señalar algunos.

Silencio, en primer lugar, sobre la bibliografía, las objeciones y las sugerencias. Quien desee informarse a este respecto dispone de los instrumentos necesarios; pero es un trabajo de especialistas. Después de haber leído todo lo que ha caído en nuestras manos, hemos optado por no citar nada en absoluto: los sofistas ya son bastante difíciles de abordar para que tengamos que añadir además las notas de una erudición demasiado pesada.

Por la misma razón, no mencionaremos nunca los problemas anexos que no comprendían realmente el alcance de las obras. Ni tampoco los títulos de los que no siempre se sabe si se trata de un capítulo o de una obra aparte.

Silencio, también —y esto puede ser más grave—, sobre los aspectos más técnicos de la actividad de los sofistas. Algunos se ocuparon de las matemáticas, como Hípias y Antifón, y aportaron cosas nuevas a este campo. Otros se ocuparon del ejercicio de la memoria, como Hípias. Varios de ellos contribuyeron a la historia, estableciendo diversas colecciones de hechos. Estos aspectos de su actividad deben ser recordados, pero no los estudiaremos aquí a fin de tener en cuenta las posibilidades de atención del lector y para separar mejor la continuidad general de la aventura intelectual que estaba en juego.

Por las razones ya indicadas, en la interpretación de las obras hemos dejado de lado las que ya se han hecho en nombre de las filosofías posteriores: hemos querido limitarnos a lo que podían comprender los lectores de la época. Era tal vez un poco menos sugerente, pero en cualquier caso más conforme con la preocupación de la verdad histórica.

Por último, en nombre de esa misma preocupación, no hemos hecho intervenir nunca lo que se ha llamado la segunda sofística, es decir, un movimiento intelectual basado en la retórica e inspirado en el ejemplo de los sofistas del siglo v. Esta segunda sofística se sitúa en el siglo II d. C., es decir, siete siglos después de la primera, que es la que nos ocupa, y está mucho más consagrada a la retórica que la primera y mucho más abierta a las tendencias irracionales que florecían en aquella época. Repetimos

que para quien reflexiona sobre la retórica o sobre el lenguaje, este acercamiento tiene interés; pero no lo tiene para quien intenta comprender lo que sucedió y se pensó en la Atenas del siglo v.

Estas opciones imponían, sin duda, cierto número de abandonos; pero en cambio, fundan una esperanza, que es la de reparar una injusticia.

Tal es el nudo de la cuestión: estos maestros fueron grandes maestros. Pero resulta que también se les ha acusado de ser malos maestros. En diversas épocas, incluso en la Atenas de entonces, fueron atacados públicamente. De hecho, se les acusó de todo: de haber deteriorado la moral, de haber rechazado todas las verdades, de haber sembrado la mala fe, de haber soliviantado las ambiciones, de haber perdido a Atenas. Platón tuvo su papel en este movimiento de protesta; pero no fue el único. Y el resultado fue que este bello título que habían adquirido al llamarse «sofistas», es decir, especialistas en sabiduría, se convirtió en seguida, y así ha continuado hasta nuestro tiempo, en sinónimo de hombres retorcidos. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Tan poco dignos eran estos hombres de tener los discípulos que tuvieron? ¿Tan impíos eran? ¿Hubo tantos malentendidos?, y en este caso, ¿de dónde arrancan?

Estas preguntas son las que nos habían detenido, estimulado y detenido de nuevo vagamente en el curso de muchos años de investigación y lectura; y ellas son las que forman el tema de este libro.

Implican una preocupación de método que no se impone del mismo modo a las obras consagradas habitualmente a los sofistas: era preciso, en efecto, evitar a toda costa confundir a los grandes sofistas con sus discípulos demasiado complacientes. En general fueron estos últimos los verdaderos, y quizá los únicos, amoralistas. Por lo tanto hay que guardarse de colocar al Calicles de Platón entre los sofistas, porque nada sugiere que lo haya sido; la diferencia puede ser decisiva; y la confusión, admitida con excesiva frecuencia, amenaza con falsear completamente los datos. También Eurípides pudo ser influido por los sofistas, pero nunca fue uno de ellos. En fin, un filósofo como Demócrito pudo estar muy cerca de los sofistas, sus contemporáneos, pero su orientación, así como su marco de actividad, era otra. Había que trazar un límite más firme.

En esto residía la única posibilidad de volver a situar a los sofistas propiamente dichos bajo una luz adecuada y de descubrir cómo se deformó con tanta facilidad su pensamiento.

Nos ha parecido que de este modo podíamos aclarar un aspecto capital de la historia del pensamiento griego y, a la vez, ayudar a comprender cómo se falsea el diálogo entre un pensamiento teórico riguroso y un público más o menos bien informado y más o menos apto para captarlo. Estas interpretaciones erróneas eran posibles en Atenas: una información más extendida pero no por ello más exacta las hace posibles en todas las épocas, y presta a la aventura ateniense un sabor desgraciadamente ejemplar.

Es, pues, hacia este diálogo entre los sofistas y la opinión ateniense hacia el que hemos intentado atraer la atención, considerándolos en sus diversos papeles: de profesores, de pensadores de ideas atrevidas, de moralistas lúcidos y teóricos de la política. En cada campo se repite la misma historia, una historia que hace desfilar sucesivamente los descubrimientos audaces, el escándalo, las críticas y, finalmente, después de algunos retoques y una aclaración, el retorno a los caminos que habían indicado.

Pues bien, estos caminos —como se verá— son todavía en gran medida los nuestros, veinticinco siglos más tarde.<sup>3</sup>

## APARICIÓN Y ÉXITO DE LOS SOFISTAS

¿Quién era esta gente que aún hoy llamamos sofistas?

El mismo nombre nos lo indica: eran profesionales de la inteligencia. Y sabían a la perfección cómo enseñar a servirse de ella. No eran «sabios», o *sophói*, palabra que no designa una profesión, sino un estado. Tampoco eran «filósofos», palabra que sugiere una paciente aspiración a lo verdadero, más que una confianza optimista en la propia competencia. Conocían los procedimientos y podían transmitirlos. Eran maestros del pensamiento, maestros de la palabra. El saber era su especialidad como el piano es la de un pianista. La idea fue soberbiamente formulada por uno de ellos, Trasímaco, que hizo inscribir en su tumba: «Mi patria era Calcedonia y mi profesión el saber».<sup>1</sup>

En principio el término tenía un valor bastante amplio. Se podía llamar sofista a un hombre que poseyera a fondo los recursos de su propia actividad, ya fuera adivino o poeta.<sup>2</sup> A veces se continuaba aplicando la palabra a personas como Platón o Sócrates. No obstante, muy pronto se aplicó al grupo de hombres de quienes hablaremos aquí, y permaneció ligada a la clase de enseñanza que ellos impartían. También en el curso de las reacciones suscitadas por esta enseñanza, la palabra adquirió, en Platón y en Aristóteles, el matiz peyorativo que aún mantiene. Pero cuando, mucho más tarde, ciertos maestros quisieron inspirarse en su ejemplo, recuperaron el término de sofistas: entonces constituyeron, en la época del imperio romano, lo que ha dado en llamarse «la segunda sofística».

Todo esto dice bastante sobre la importancia de los primeros maestros, pero no dice lo que hacían: la palabra sólo los presenta como profesores sin otras connotaciones.

Estos profesores surgieron de todos los rincones de Grecia, más o menos en la misma época. Y todos enseñaron algún tiempo en Atenas: sólo allí es donde los encontramos y conocemos.

Los más grandes fueron Protágoras, que venía de Ábdera, en el Norte, lindando con Tracia; Gorgias, que venía de Sicilia; Pródico, que procedía de la pequeña isla de Keos; Hipias, que venía de Elis, en el Peloponeso; Trasímaco, que procedía de Calcedonia, en Asia Menor. Otros se han quedado en meros nombres que cuentan bastante menos. Sólo dos atenienses figuran entre tanto extranjero: Antifón y Critias; no parece que fueran ni siquiera maestros profesionales e itinerantes, sobre todo el segundo. Es seguro que hubo otros sofistas: por ejemplo, hay dos que Platón hizo revivir en un diálogo muy irónico, los dos hermanos Eutidemo y Dionisodoro, el primero de los cuales dio el título al diálogo de Platón. Estos sofistas no fueron tan eminentes como los primeros maestros que acabamos de nombrar: fueron menos innovadores, menos filósofos y menos célebres. Individualmente, los conocemos poco: de hecho, sólo estamos informados de que esta serie de personajes fueron los mascarones de proa<sup>3</sup> por sus enseñanzas y sus escritos, además de por sus demostraciones profesionales.

Protágoras debió de llegar a Atenas poco después del año 450, puesto que le vemos relacionado con Pericles en 443. Gorgias llegó en 427, después de la muerte de Pericles. Eran los de más edad. Parece ser que Protágoras murió hacia 411; pero Gorgias, Pródico e Hipias vivían aún durante el proceso de Sócrates en 399. El movimiento corresponde, pues, a la segunda mitad del siglo v, que partiendo de la grandeza de Atenas la lleva a su derrota. Incluso añadiendo a estos pocos hombres los autores de dos tratados que nos llegaron de manera anónima pero que pertenecen, sin duda alguna, al mismo movimiento de pensamiento, el número de personas implicadas es reducido: un puñado de hombres activos, en líneas generales, durante una generación.

Gracias a Platón, sabemos muy bien quiénes eran y qué emoción suscitó su llegada. Hay que cederle un poco la palabra para su entrada en escena, porque nadie puede testimoniar mejor la extraordinaria notoriedad de este puñado de hombres.

En el *Protágoras*, nos ofrece primero la imagen de la exaltación que embargaba a los jóvenes ante la idea de oír a los sofistas. Al comienzo de

este pequeño diálogo, Sócrates cuenta que un joven irrumpió un día en su casa al amanecer y le dijo: «Anoche, de madrugada, Hipócrates, hijo de Apolodoro y hermano de Fasón, golpeó mi puerta con violentos bastonazos; cuando le abrimos, se precipitó en el interior gritando con todas sus fuerzas: “¿Estás despierto, Sócrates, o duermes?”. Reconocí su voz y le dije: “¿Eres tú, Hipócrates? ¿Qué noticia me traes?”. “Nada enojoso —dijo—, ¡sólo una excelente!”. “En tal caso, tu noticia será bienvenida, pero ¿de qué se trata y por qué esta noticia a hora tan intempestiva?”. “¡Protágoras está aquí!”, exclamó, deteniéndose cerca de mí» (310 a-b). La frase griega expresa incluso la falta de aliento del joven. Quiere ser discípulo de Protágoras y lleva en seguida a Sócrates a ver a los sofistas.

Estos sofistas están en casa del acaudalado Calias, miembro de una de las familias más nobles de Atenas. Son muchos, rodeados de discípulos y admiradores.

He aquí ante todo a Protágoras, paseando por el vestíbulo, escoltado por discípulos, muchos de los cuales son extranjeros «a los que Protágoras anima a seguirle en todas las ciudades por donde pasa, manteniéndolos bajo el hechizo de su voz como un nuevo Orfeo». Y Platón nos describe las evoluciones de este coro que sigue al maestro en sus vueltas y paseos, apartándose cada vez que da media vuelta para dejarle pasar en medio.

Más lejos, en la misma casa, se encuentra también Hippias, en un asiento elevado, con todo un grupo de discípulos sentados en bancos: Hippias responde a todas sus preguntas, «desde lo alto de su trono»...

En otro aposento, ¡he aquí a Pródico! «Estaba todavía acostado, envuelto en pieles y mantas más bien numerosas, según me pareció». Platón nombra a los efebos atenienses, bellos y muy conocidos, que le rodeaban. Hippias hablaba de las cosas celestes, pero no se sabía de qué hablaba Pródico: «En cuanto al tema de su conversación, no pude darme cuenta desde fuera, a pesar de mi vivo deseo de oír a Pródico, que me parece un hombre de una ciencia superior y realmente divina; pero su voz de bajo producía en el aposento un zumbido que hacía ininteligibles sus palabras».

La casa está llena y sigue acudiendo gente: toda la crema de Atenas se apiña para oír a los maestros; en el mismo momento en que llegan Sócrates y su efebo, entran el bello Alcibíades y Critias, dos hombres llamados a jugar un gran papel en la historia ateniense.

A decir verdad, no se trata de una presentación de sofistas, sino de una presentación de su increíble éxito.

Podríamos imaginar, al leer este pequeño texto, que el éxito se debía más bien a una moda del momento, al entusiasmo poco justificado de una juventud ciega por pensadores inquietantes. Pero todos los hechos contradicen esta hipótesis. Lo que hemos recordado en el prefacio acerca de la influencia duradera y profunda ejercida por estos hombres sobre los diversos autores de este siglo o del siguiente no permite la menor duda a este respecto. Y la enseñanza de la retórica o la de la filosofía han quedado marcadas para siempre por las ideas lanzadas y los debates abiertos por ellos.

Debemos admitir por tanto que, si hubo entusiasmo, fue general, y que Atenas, en el apogeo de su poder y su esplendor, se echó sin vacilar en brazos de estos maestros, hasta el punto de que su literatura conservó para siempre sus huellas.

Entonces ¿qué aportaban para considerarlo tan nuevo y tan maravilloso? ¿Cuál era el motivo de esta fascinación? ¿Qué enseñaban? Ya es hora de descubrirlo y de acercarnos un poco más a estos maestros que nos han dejado entrever, en el *Protágoras*, Sócrates y su joven compañero.

No se habían conocido nunca maestros como ellos, que enseñaran como ellos lo hacían.

Hasta entonces, la educación había sido la de una ciudad aristocrática donde las virtudes se transmitían por herencia y por el ejemplo: los sofistas aportaban una educación intelectual que debía permitir a quienes pudieran pagárselo distinguirse en la ciudad.

Estaban, en efecto, tan seguros de sus lecciones, que se hacían pagar por ellas. Al señalar este hecho en nuestros días, se nos antoja una banalidad. Pues bien, fue causa de un pequeño escándalo. Vendían la competencia intelectual. La vendían incluso muy cara.

El principio parecía sorprendente: en la *Apología*, el Sócrates de Platón ironiza sobre este aspecto y, falsamente admirador de Gorgias, Pródico e Hippias, exclama: «¿Qué maestros son éstos, jueces, que van de ciudad en ciudad y saben atraer a muchos jóvenes, cuando éstos podrían, sin pagar nada, vincularse a cualquiera de sus conciudadanos elegido por ellos?» (19 e).

Además, los precios eran elevados. Si Sócrates habla, refiriéndose a Pródico, de una modesta lección por un dracma, señala otras muy importantes a cincuenta dracmas, lo cual ya parecía una cantidad desorbitada. Recordemos que el famoso subsidio para los ciudadanos que servían como jueces —subsidio que pareció tan demagógico en la época y tuvo tantas repercusiones— era de dos óbolos, y más tarde de tres, es decir, medio dracma. Por lo demás, Platón no escatima adjetivos ni comparaciones. En el *Hippias Mayor*, Sócrates dice que Gorgias, «por sus sesiones privadas y sus conversaciones con los jóvenes supo reunir fuertes sumas que se llevó de Atenas», que Pródico «daba clases particulares y charlas por las que ingresaba sumas fabulosas» y que si los sabios de otro tiempo no creían que debieran ganar dinero con su ciencia, éstos lo hacían sin tapujos, como Protágoras antes que ellos (282 c-d). Según la tradición, Protágoras llegaba a hacerse pagar cien minas (equivalentes a diez mil dracmas). Es cierto que al parecer tenía demasiados solicitantes; y sus discípulos estaban tan encantados que encontraban a Protágoras muy modesto: si, después de las lecciones, no estaban de acuerdo con la suma, declaraban bajo juramento en cuánto las valoraban; y Protágoras lo aceptaba (*Protágoras*, 328 b). Sea lo que sea él se enriquecía. Y de resultas de ello, si tenemos que creer el *Menón* (91 d), ¡Protágoras ganó él solo más dinero que Fidias y diez escultores más juntos!

Sin detenernos demasiado en la idea de esta época feliz en que los criterios de las ganancias más elevadas estaban por lo visto del lado de las artes, podemos ver en el escándalo de estas observaciones la prueba de dos circunstancias. Son, en primer lugar, una prueba más del extraordinario éxito de los sofistas. Pero también son el indicio de una primera novedad, consistente en la idea de que ciertos conocimientos intelectuales se transmiten y son directamente útiles. Si se hacían pagar, es porque los sofistas transmitían una enseñanza como profesionales. La idea de profesión y de técnica especializada, que se percibe en su nombre y se afirma en sus programas, justificaba esta actitud. Y el hecho es que no hay un profesor que no sea el heredero directo de las pretensiones que chocaron tanto a Platón cuando fueron emitidas por primera vez.<sup>4</sup>

¿Qué querían hacer?

En primer lugar, querían enseñar a hablar en público, a defender sus ideas ante la asamblea del pueblo o ante el tribunal; eran, en primera ins-